

este año el centenario del suicidio del Presidente Balmaceda y de la guerra Civil del 91. Septiembre es un mes de fiestas, de ramadas, cuecas y salsas, pero también un mes de duelo, en que regresan los fantasmas del pasado. Un mes en que el vino se convierte en sangre y la sangre en vino y cuerpo de Chile. Es el mes en que corremos el riesgo, una vez más, de envolvernos en las viejas disputas del pasado, de ese pasado que nos separa (y nos une). Allende, el golpe, Pablo Neruda, la muerte de Víctor Jara, la conmemoración de las elecciones y, además, este año, Balmaceda y la Guerra Civil.

Quien visite el país durante ese mes se encontrará con programas de radio o televisión, con artículos periodísticos, con libros, con afiches y exposiciones, con conferencias y foros universitarios en que se analiza y debate el conflicto de 1891. Incluso con un concurso estudiantil nacional, auspiciado por el Ministerio de Educación, en torno a la figura del ex Presidente mártir. Se encontrará también con debates que tienen algo de metafóricos y subrepticios, y con una transición que avanza, y que necesita espantar —para su éxito— los fantasmas del pasado.

¿Qué características tuvo la guerra civil de 1891? ¿En qué circunstancias murió Balmaceda? ¿Por qué su tumba está permanentemente rodeada de ofrendas y animitas? ¿A qué se debe que acontecimientos de hace un siglo revivan, imbricándose con acontecimientos más recientes?

En 1890, cuando el país tenía apenas 2.500.000 de habitantes y Santiago —todavía alumbrado con velas, faroles y lámparas— cerca de 300.000, se fue incubando un conflicto de atribuciones entre el Ejecutivo y el Parlamento. Entre, por una parte, Balmaceda, sus ministros y una fracción del Partido Liberal y, por otra, el resto de los partidos y la plutocracia. Bajo el liderazgo de la oligarquía y del parlamento, la sociedad civil y política impugnó la potestad y constitucionalidad del poder Ejecutivo. El ser opositor al gobierno se convirtió de pronto en una actitud de «buen tono», que otorgaba rango social. El antagonismo —que tuvo ribetes políticos, económicos y de casta— desbordó el consenso de la sociedad chilena.

El 7 de enero de 1891, con la sublección del Congreso y de la Escuadra, se inicia la dimensión militar del conflicto. La confrontación culmina nueve meses más tarde con la batalla de Placilla y con el suicidio de Balmaceda. Durante la guerra los congresistas cuentan con la

marina (5 buques en total) y tienen el dominio del mar; Balmaceda tiene el apoyo del Ejército de Línea o Regular y de sus cuatro divisiones (Coquimbro, Valparaíso, Santiago y Concepción). A fines de junio logra también movilizar a la Guardia Nacional (Policía). En ambos bandos la mayoría del contingente corresponde, sin embargo, a tropas bisoñas, reclutadas para la ocasión. En cuanto a número de participantes activos y costos en vida las cifras varían. Van, según el historiador, de un contingente movilizad o de 20.000 a 50.000 por bando durante todo el laso de la guerra, y de un saldo en muertes que oscila entre 5.000 y 15.000 personas, cifra esta última que equivale a unas 90.000 personas de la población actual.

La contienda se dio por mar y por tierra, los primeros meses a través de una serie de batallas en el Norte, y luego, en agosto, una vez que desembarcaron las fuerzas congresistas, en las proximidades de Valparaíso. El conflicto concitó gran interés internacional, algunos diarios europeos —como el *Times* de Londres— enviaron corresponsales permanentes al país. Para el imaginario social de la época aparecía como una guerra novedosa, que ocurría en los confines del mundo, pero que estaba signada por rasgos de aventura y modernidad. No es casual que dos novelistas ingleses hayan escogido ese escenario para situar a sus héroes o que una autora alemana haya desplegado una trama sentimental usando como trasfondo la Guerra Civil¹.

El conflicto, que en sus diversas tramas involucró a todo el tejido social, se tradujo en penurias y trastornos para un elevado número de connacionales. Los diarios y testimonios de entonces hablan —en los dos bandos— de violaciones a las personas, de fusilamientos sumarios y, después del triunfo de las fuerzas Congresistas, de allanamientos y saqueos a bibliotecas y casas particulares. También de exonerados de la administración pública, de exilio y, en años posteriores, del regreso de los «grandes proscritos».

En el marco de las persecuciones que se desataron luego de la batalla de Placilla, el Presidente se refugia en la

¹ Herbert Hayens *The President's Scout*, London, 1904; Franck Cowper: *The hunting of the auk. The adventures of a boy*, London, 1895, y Helen von Muhlsh: *Liviana Saltern Santos. Ein chilenischer Roman*, Berlin, 1909.

Embajada Argentina, y un día después de haber expirado su mandato decide poner fin a sus días. En cartatamento del 18 de septiembre le escribe a su familia y partidarios: «No pudiendo en medio del desbarajuste general prestar ningún servicio, sólo puedo ofrecer el sacrificio de mi persona... Hay momentos en los cuales el sacrificio es lo único que enaltece el honor del caballero. Lo afronto con ánimo sereno. Estoy cierto de que, con eso, los míos y ustedes podrán disfrutar de situaciones más desprovistas de ultrajes y de sufrimientos y los amigos serán menos perseguidos y humillados».

Y, efectivamente, así fue. Poco a poco los ánimos se fueron aquietando y se reanudó la convivencia política: hubo prisioneros que vieron devastadas sus mansiones y a los pocos años ocuparon cargos en el gobierno. Sin embargo, en el plano de la sociabilidad, el recuerdo de los ultrajes se prolongó por generaciones, las discordias privadas se demoraron bastante más en desaparecer que las de carácter público o político.

La guerra tuvo también importantes consecuencias institucionales. En 1891 el Ejército de Línea, el Ejército que había triunfado en la Guerra del Pacífico, fue casi destruido en las batallas finales. sus jefes, Alcérreca y Barbosa, murieron en el campo de acción. El 4 de septiembre de 1891, cinco días después de la batalla de Placilla, la Junta presidida por el comandante de la escuadra, Jorge Montt (apodado «Reina Victoria» o «Presidente Chiripa») decretó la disolución del antiguo Ejército, y el 14 de septiembre se ordenaba que «únicamente se reconocan como individuos de la Armada y el Ejército de Chile a los que hayan servido bajo órdenes del Congreso».

Paradojalmente el desmantelamiento del antiguo Ejército (de corte afrancesado y español) permitió una rápida renovación del Ejército, de acuerdo a patrones prusianos. Emil Korner, capitán del Ejército prusiano, jugó en este sentido un rol fundamental. Korner había llegado al país durante el gobierno de Santa María (1885), contratado para reorganizar y modernizar el Ejército chileno. Era instructor y subdirector de la Escuela Militar, y bajo su influencia se había creado la Academia de Guerra. En 1891 se sumó a las fuerzas congresistas, embarcándose hacia el Norte con un grupo de sus alumnos; dirigió las operaciones militares contra el propio cuerpo que lo había contratado, y cuando triunfó el bando del Congreso, sometió al ejército de línea a una severa purga.

Un folleto anónimo, publicado en 1893, afirma que como consecuencia de la Guerra Civil el Ejército chileno fue destruido, creándose en su reemplazo otro nuevo «al mando de un capitán extranjero, desleal y mercenario». En los campos de Concón y Placilla quedaron sepultados los antiguos tercios. Las nuevas generaciones ofrecían una materia fácil de moldear. Quien escribe estas líneas recuerda haber cantado Lili Marlen en alemán, a todo pulmón, siendo cadete de la Escuela Militar en la década de los 60. La influencia prusiana (con instructores germanos como Hans Grajvon, Von Hartrott y otros) dejó una impronta que hasta el día de hoy diferencia a los militares chilenos de otros Ejércitos de América Latina. Figura sacrificial y mártir por excelencia, Balmaceda, después de su muerte, se convirtió en héroe de la mesocracia y el pueblo, y también en modelo de la antigua aristocracia, la que guiaba su conducta por ideales y principios. pero ni Balmaceda ni la Guerra Civil del 91 han encontrado la paz: desde 1891 los vivos se vienen disputando la memoria de los muertos. Guerra Civil, revolución, contrarrevolución, mártir, democrata, tirano, cesarista, etc. El conflicto se convirtió así en un conflicto maleable, alegórico, sujeto a interpretaciones diversas, en un recurso para revestir posturas y discusiones contemporáneas. Dicen —y puede que sea mito— que el ex presidente Allende, antes de morir, arrojó al suelo las cabezas de todos los presidentes que estaban en la sala principal del Palacio de Gobierno, y que sólo dejó en pie y se detuvo ante la figura de Balmaceda.

En estas circunstancias el tema de la Guerra Civil se convierte en un metadiscurso. Desde la Biblioteca Nacional hasta el Partido Comunista organizan jornadas y eventos. Se habla de Balmaceda para (no) hablar de Allende. Mientras tanto el Gobierno equilibra y empuja una transición que necesita alejar los fantasmas del pasado, que quiere enfatizar lo que nos une y dejar atrás para siempre lo que nos antagonizó. Septiembre, empero, con sus fiestas y duelos rehúsa irse del calendario. Tal vez debiéramos prestar atención al significado último de esta persistencia: ¿No nos está acaso ella indicando que lo que más solidamente nos une es precisamente lo que nos separa?

Bernardo Subercaseux

Carta de Colombia

La novela: algunas líneas

La novela colombiana, en la década del 80, se inicia con una nueva obra de Gabriel García Márquez (1927): *Crónica de una muerte anunciada* (1981). A ella seguirían *El amor en los tiempos del cólera* (1985), *El general en su laberinto* (1989) y su reportaje *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile* (1985).

No fue ya la explosión contagiosa de *Cien años de soledad* (1967), sino la habilidad de un artífice que revela el crimen desde el comienzo y no reduce el interés hasta 156 páginas más tarde. Novela policial ¿quién la deshonró?— la *Crónica* era también el apretado manojo de una historia sentimental, con sus 2.000 no leídas cartas de amor.

Centrada en el triángulo de Santiago Nasar, Angela Vicario y Bayardo Sanromán, se abre sobre un pueblo de la costa colombiana, y las rígidas convenciones de sumoral tradicional, revelando «La índole mojigata de su mundo» y los «prejuicios de origen».

Diferencias de raza y desigualdades de clase contribuyen a producir la más divulgada de las tragedias, en torno a una recién casada. Perfecta en su precisión, todo el microcosmos de una sociedad era desvelado a través de una sabia mezcla de periodismo y ficción.

Un narrador que brinda o sustrae información, reconstruye, años después, este sacrificio contra un (aparente) ino-

cente, en el cual, como en *La hojarasca* o *La mala hora* también todo el pueblo es culpable, por acción u omisión. El resultado final, como lo señala Angel Rama, es pura literatura:

Ese tejido de palabras y de estratégicas ordenaciones de la narración para transmitir un determinado significado, que sea cuales fueren sus fuentes, no es otra cosa que una invención del escritor¹.

El amor en los tiempos del cólera

Si en *El amor en los tiempos del cólera* las cartas de amor subsisten, como metáfora de la escritura, también allí perduran «Los prejuicios de una sociedad ensimismada» (pág. 25). Y si Angela Vicario escribiendo cartas «a nadie» «se volvió lúcida, imperiosa, maestra en su albedrío, y volvió a ser virgen sólo para él y no reconoció otra autoridad que la suya ni más servidumbre que la de su obsesión» (pág. 122) continuando en ese delirio por 17 años, también en el nuevo triángulo de Florentino Ariza, Fermina Daza y Juvenal Urbino, las cartas de amor configuran el destino de estos seres.

Las modifican, con su ingenuidad o su firmeza y lograr, coficiadas por el primero de ellos en su *Secretario de los enamorados*, alterar la realidad a su antojo y unir a los que no saben bien que se buscan. Así Florentino Ariza nos resulta, también, un escritor de paciencia inverosímil que espera 51 años, 9 meses y 4 días para encontrarse con su primera correspondiente, soñada a pulso. Logrará unirse con Fermina Daza, ya viejos los dos, y serán las crtas, hasta el final, el tolerado canal de comunicación.

La férrea tenacidad de Gabriel García Márquez, en el control de su vocación de escritor, se transparenta aquí, dando paso a un novelista libre, romántico y exagerado, que rinde homenaje a su ciudad predilecta, Cartagena de Indias, explorándola en los recovecos de su historia durante el siglo XIX, para narrar así las peripecias de una pasión individual que vence al tiempo, las pestes, e incluso a la muerte misma, en la recurrencia final de un viaje de novios por el río Magdalena. Un viaje inmó-

¹ Angel Rama: «La caza literaria es una altanera fatalidad». Prólogo a *Crónica de una muerte anunciada*. Bogotá, *Círculo de Lectores*, 1981, pág. 9.